

pueblos el gobierno de sí mismo, sorprendióle triste caso demostrativo de cómo dejando el gobierno de los pueblos á uno solo, se los deja entregados al dominio de las pasiones y á veces de los vicios personales. Un oficial gallardísimo de la guardia privaba en el ánimo de Carlos IV por influjo de María Luisa, la Reina, sobre su paciente y candoroso marido. Y este privado, á quien la sensualidad y la torpeza de una mujer sin pudor debía levantar hasta el manchadísimo lecho nupcial y el deshonorado trono secular de los reyes, comenzó á conspirar contra todos cuantos podían tener alguna privanza para quedarse por completo solo en el Palacio y en el Reino. Como los favoritos de Mesalina reinasen la Roma del Emperador Claudio, debieran reinar en la España de Carlos IV los favoritos de María Luisa. El predilecto de ésta por toda la vida, Godoy, era demasiado hábil y astuto, para sustituir á Floridablanca y reemplazarlo en seguida, siquier podía conseguirlo cuando le plugiera, según su favor y su privanza. Pero escogió tortuosas vías en logro de su ambición. Y al escogerlas, incitó contra la política civil de Floridablanca la política militar de su émulo único posible, Aranda, y concitado éste, recabó para sí el poder, condenando el ministro de tantos años y servicios, no sólo al tormento de su desgracia cruel, al tormento de un proceso militar.

El carácter de la revolución francesa resalta en los desórdenes y conmociones que llevaron el soplo de su espíritu y la serie de sus hechos á todas partes. Por su largo absolutismo, el pueblo español estaba sujeto á conmociones, como se pudo ver en el motín de Esquilache, bajo un gobierno tan acertado y próspero como el gobierno de Carlos III. Y si había pueblo que pudiese creerse preservado á las conmociones continentales y al espíritu de la revolución por lo sólido de su gobierno y por lo arraigado de su monarquía, por lo fecundo de su libertad, por el respeto sentido por todos hacia sus Cámaras, era el pueblo inglés, llegado á régimen como el parlamentario, sin otros sacudimientos que los célebres de las centurias pasadas; á los cuales aventajó en doscientos años las revoluciones que nosotros mismos en este nuestro tiempo hemos experimentado y sufrido. Pero nuestras revoluciones, como decía con tanto acierto y profundidad el gran Donoso Cortés, han sido como la condensación de los tiempos. Así, lo que han hecho los ingleses en diez siglos, lo hemos nosotros hecho quizá en diez años. Los ingleses han tenido combates, y muchos, por la libertad, mas, en serie, con espacios graduados y metódicos. La obra de su interior unidad no le ha ido en zaga, no, á la obra de sus venerandas libertades. En tiempo del segundo Enrique por la centuria duodécima, conquistó Irlanda con diez mil cien infantes y dos mil arqueros. Mucho más tarde acaparó Escocia, empleando en esta segunda obra ochenta mil soldados. Al período de la revolución francesa, gozaba la Gran Bretaña de una paz inalterable. Conforme con haber separado y perdido su América, trataba de consolarse por el comercio de su retroceso en armas, y requería de la Indias compensaciones territoriales suficientes á desquitarla de sus rotas y á compensar sus disminuciones en el Nuevo Mundo.

Así desde los últimos días de su guerra con los Estados Unidos, hasta estos días del advenimiento de la revolución, por el cielo de su felicidad no pasaba sombra ninguna. Pero vino la revolución y se conmovieron como á una conmoción interior, aquellos partidos, los cuales en su aislamiento territorial y en su orgullo heredado se creían incommovibles por el continente, ó más bien destinado á conmooverlo, sino á regirlo. Y, sin embargo, la fuerza mayor quizás del mundo, la grande asociación quizás más bien organizada del mundo político, se dividió en dos grandes porciones á su influjo, discutiéndose cuanto pasaba en Francia, como si fuera la Cámara de los Comunes del Cuerpo legislativo francés, y tratándose del espíritu de su revolución como en la tribuna erigida del otro lado de los mares con exaltada y perfecta elocuencia. El gobierno estaba, por la sazón que historiamos ahora, bajo un nombre, Pitt, el cual creemos y consideramos en el sentido común político cual prototipo y modelo de la política conservadora y parlamentaria. No se le ocurría, en el equilibrio de sus facultades y en la combinación de su mecánica, nada que pudiese prosperar las revoluciones, pero nada tampoco que pudiese trascender á reacción. El fiel de su balanza política no podía ofrecer oscilaciones de ningún género. Muy resentido con los Borbones, cuyos intereses y pactos familiares arrancaron á la corona iglesia el florón de América, limitábase á preservar de todo ataque los burgos podridos y la nostálgica dinastía germana. Los burgos le daban el Parlamento, fiadores de la libertad; y los reyes, no obstante mil caprichos y demencias de sus Jorges, le daban estabilidad. Y, sin embargo, la corte de Francia, su enemiga, le pedía hiciera por los Borbones algo parecido á lo que hicieran por sus Estuardos los Borbones en enemiga y odio inútiles á las libertades inglesas. Pitt mantuvo cuanto le fué dable la indiferencia casi hostil con que miró la desgracia de los Borbones hasta que un problema como la revolución universal llegó á problema también de la política interior inglesa.

El juicio sobre la revolución francesa producía en Inglaterra, pueblo de compleción positivista y ciencia experimental, partidos, más bien asociados por temperamentos análogos que por ideales ó sistemas comunes. Las ideas de los filósofos y las pasiones de los jóvenes, á fuerza de abstracción los unos y á fuerza de entusiasmo los otros, juntábanse á una en predecir presagios de próxima era feliz, por cuyos días reinara á la sazón el Estado y viviera el derecho de los pueblos. Aquella Égloga IV de Virgilio, dictada por las Sibilas de Cumas y Eritrea, reunidas con los profetas de Israel, anunciando el Mesías antes de que llegara Cristo, se repite ahora en los libros filosóficos y se siente ahora con ardorosa esperanza en todos los exaltados corazones. Historiadores muy reaccionarios aseguran que por el año noventa y dos, á la hora del estallido de la guerra, propendía generalmente hacia la revolución y saludaba su venida todo cuanto de más elevado y generoso vivía en Inglaterra. Sin embargo, el fondo de la nación, lo que podríamos llamar su tuétano, aquellas gentes apreciadoras del sumo bien coexistente con las libertades heredadas,

CAPILLA ALFONSEINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. E. I.

cuya principal áncora se halla en la estabilidad, no querían inovaciones temerarias, y á un cambio súbito en la escena social, á una revolución, preferían el método menos insano y más útil de la evoluciones progresivas continuas, pero graduadas y lentas. A la verdad no podían los ingleses asustarse de ningún esfuerzo en favor de un derecho político nuevo, cuando para fundar ó establecer el suyo, su régimen parlamentario, aunque transigente con los privilegios y respetuoso con la Historia, emplearon ellos revolucionarios radicales sin medida y guerras civiles sin término. Cuando los ingleses publican aquellos documentos, especie de actas donde constan sus derechos, viejos pergaminos destinados á probar la nobleza de su libertad, no producen únicamente la Carta Magna, base de su Constitución secular; reproducen también las solemnes sentencias que arrastran María Estuardo, víctima de la revolución religiosa del siglo décimo-sexto, y Carlos I, víctima de la revolución liberal del siglo décimo-septimo, al cadalso. Así los ingleses no podían extrañarse á la pugna de los franceses con los reyes por la revolución, aunque fuera esta más democrática de temperamento y menos respetuosa con lo tradicional ó antiguo de las revoluciones inglesas. Como todo en la isla, mercantil ó industrial por excelencia, se reduce á cálculo y número, contaban las estadísticas los demócratas reconocidos ó confesos, y no pasaban de ochenta mil. El mayorazgo de larguísimo abolengo, el sacerdote de crasa congrua, el covachuelista de logrativo empleo, bien hallados con sus respectivas antiguas posiciones en aquel inmovible suelo, recelaban mucho de la nueva idea y temían un contagio, tanto más que temer cuanto germinaban muchas simientes revolucionarias en la tierra y en la conciencia inglesas. Y tenían razón. Contagió á Escocia un Knox con las ideas republicanas de Ginebra, y Calvino, antes que Marnix contagiase á Holanda, tan propensa de suyo á proclamar la República; no se respetó allí al Papa y le sustituyó Enrique VIII á la cabeza de su Iglesia en la revolución religiosa; lleva Bacon el criterio experimental á las ciencias naturales medio siglo antes de que llevara Descartes el criterio puramente racional á las ciencias filosóficas, destruyendo la Escolástica y amenazando la Teología, es decir, todo el espíritu y todo el sistema tradicionalista; descabezóse al rey legítimo hereditario y destronóse á la rama y dinastía tradicionales, sustituyéndolas con monarcas, hechura de la voluntad nacional; extendiéronse merced á Inglaterra los masones por todo el continente, con especialidad por Francia, antes de que reinara la revolución y su tempestuoso espíritu sobre los franceses; ofreció a Montesquieu Inglaterra el modelo donde se inspiraron sus libros políticos, que interrumpieran la quietud y el silencio de la secular autoridad: suscitó el partido constitucional, inspirador de la primer transacción escrita entre los reyes renovados y los pueblos soberanos; por consecuencia, ó Inglaterra no tenía ojos, ó estaba en el caso de ver cómo la revolución tonante á fines del siglo pasado en las tierras continentales, resultaba para un juicio sereno, continuación de sus propias ideas, verbo y encarnación de su propio espíritu. Así lo comprendió Fox, uno de los reveladores del derecho

en la tierra, para cuya revelación le había concedido el cielo en sus designios lo más revelador y luminoso, una elocuente palabra. Noble por su sangre; influyente por su familia; de un atavismo literario muy antiguo y muy prosperado por sus estudios personales y propios; hijo de un estadista ó político, á quien había hecho lord sus servicios de los departamentos minisieriales tras lucrativa carrera en el foro, juntaba con su propia personalidad, muy elevada y de un extraordinario relieve, los hechos gloriosos heredados, que tan en cuenta se tienen donde tanto imperio ejercen, como en Inglaterra, las viejas tradiciones y los privilegios transmitidos de unos á otros en familias que vinculan como un mayorazgo el influjo electoral y el poder público. Fox era, pues, hijo del primer lord Holand, célebre por haber combatido á favor de los whigs contra Pitt y sus conservadores en batallas parlamentarias, de donde salen igualmente glorificados los vencedores y los vencidos.

El padre adoró siempre al hijo, y lo malcrió. Esta mala crianza tuvo los consiguientes inevitables resultados: un quebrantamiento del natural genio y una sombra puesta en el disco de su luminoso espíritu por los desórdenes y por los vicios. Para ejercitarlos más á sus anchas, dispendiando juventud y fortuna, Fox apeló á los viajes, cuyos incidentes prometían aventuras y excusaban responsabilidades. En ellos adquirió la mala costumbre de aceptar todos los caprichos de la moda y exagerarlos con sus propias extravagancias. Para conocer cuán original sería en sus costumbres y en su trato, baste decir que despertaba el interés y atención general por sus originalidades en la tierra de los originales. Mas, esta vida disipada no empecía ni al desarrollo del talento, ni al ejercicio del verbo. Jugador, voluptuoso, pendenciero; con más deudas que días en su mocedad; el insomnio sobre los lechos de sus placeres y la disipación sobre los tapetes de su juego prestaron emociones á su gran capacidad de sentir y expresar lo sentido, que acaso le aparejaron á esas luchas políticas, donde la moral entra tan poco de suyo, como en la guerra, y á esos alardes afluéntísimos de la expresión fortísima é imperiosa, que le han colocado en las filas de los primeros justadores parlamentarios alabados por la fama y por la Historia. Cautivado á los talentos oratorios de un émulo, más tarde de un enemigo, Burke, á quien Fox llamaba el más bello genio de toda la centuria pasada, se incribió, con arreglo á sus propensiones y á sus ideas, en las filas del partido liberal, combatiendo con vigorosa y profunda elocuencia el ministerio tory de lord North, que tuvo en suerte gobernar durante la guerra con América. Enamorado de la libertad; inspiradísimo y sublime, siempre que inspiraba el sacro numen liberal sus discursos; doctor en letras clásicas, por las cuales llegaba en el estilo á la sobriedad perfecta; con conocimientos más varios que profundos, cogidos la mayor parte al vuelo; tan diestro resucitador declamando que, aun á trozos, no suyos y á veces incorrectos, les daba con su luz armonía y con su acción movimiento; dispuesto, como todos los grandes oradores, siempre para las ordenaciones literarias de sus discursos y para los órdenes lógicos de sus ideas; ardoroso en los afectos y soberano sobre sus frases; todo cuanto

le quitaba de autoridad serena y de poder moral su desarreglada vida, se lo devolvía el estro de la inspiración y el verbo de la elocuencia. Demócrata de convicción, aunque tan poco austero de carácter, lo cual dañaba mucho á su crédito en el pueblo, temía Fox mucho los excesos del poder real, y les imputaba todos los excesos del elemento revolucionario, disculpando éstos por la necesidad de defenderse contra repetidos y formidables ataques de arriba. Por tal suprema razón, en el momento supremo de la guerra no hubo quien como él fulminase rayos de altísima elocuencia sobre la conjuración de los Reyes contra las libertades francesas. Poco á poco, teniendo junto así un orador como Burke, no sólo elocuente, arreglado en sus costumbres y digno en su vida, Fox se puso á la cabeza y tomó la dirección del partido liberal inglés. Frente á él Pitt. Educado este político por una madre santa; debió á los cuidados maternos la vida, pues en su endeblez de cuerpo y su debilidad de temperamento le condenaban al malogro desde niño en muerte prematura. Estudiosísimo, quizá esta falta de salud y esta poquedad de ánimo le preservaran de los excesos connaturales á la mocedad; y le dieron el carácter de monástico y de apartamiento á que debiera el provecho de sus numerosos estudios. A los catorce años, cuando se presentó en la Universidad de Cambridge, sabía, como sus propios maestros de letras, griego y latín. Tucydides, en lo antiguo, se parece mucho á Maquiavelo en lo moderno, por su finura de observación y su profundidad en política. Pues con Tucydides el joven Pitt estableció comercio seguido desde sus primeros años. Así, muchos creían, vista la extensión de sus conocimientos, para cuyo logro le debió faltar tiempo, y para cuya conservación memoria, que Pitt no aprendía, recordaba, cual si trajese de otro mundo anterior á este bajo mundo la ciencia infusa ó innata. Y no menos descollaba que en Letras, en Escritura y Teología. El texto clásico y ortodoxo de los Evangelios estaba en su memoria con tal fidelidad y exactitud, que distinguía por el oído cualquier falsedad ó cualquier incorrección de quienes lo leían ó comentaban en público. Ingles Pitt hasta la punta de los cabellos, amaba la monarquía liberal y parlamentaria como saben los ingleses amarla. No quería más allende aquello; pero tampoco menos aquende. Si por nada en la tierra hubiera caído del lado de la reacción estuarda, por nada en la tierra hubiera caído tampoco del lado de la revolución republicana. Ni Oliverio Cromwell, ni Carlos Estuardo; Guillermo de Orange con el Protestantismo y el Parlamento, antiguos ya en Inglaterra, el segundo mucho más que el primero: tal era su divisa.

Inglés, en la integridad completa de tal nombre, tocábale presidir el partido conservador, como á Fox le tocaba presidir el partido liberal. En su tiempo, Disraally mismo notaba que los conservadores son más patriotas que los liberales, y los liberales más cosmopolitas que los conservadores. Y, porque son más patriotas los conservadores que los radicales ingleses, también son más monárquicos. Un día Fox propuso arrancar el gobierno de las Indias á su compañía mercantil para entregárselo, no á comisarios regios, á comisa-

rios del Parlamento. Cuando Jorge III viera este ataque á sus prerrogativas, esta mezcla del poder ejecutivo con el poder legislativo, este desacato del Parlamento al Monarca, dijo como nunca lo consentiría; y reverso de Luis XVI, por la claridad con que veía el corto número de sus ideas y el tesón real con que los sustentaba, declaró estar dispuesto á recluirse dentro del diminuto Hannover, antes que consentir una disminución de su imperio, y un detrimento de su corona en Inglaterra. El Rey temía quedarse con un cetro menguadísimo en la mano, y transmitir á Fox el poder monárquico si tal *bill* se aprobaba. Pasó en la Cámara de los Comunes por el ascendiente de Fox, pero fué desechada por la Cámara de los Lores; y esta determinación hirió mortalmente al ministerio protegido por los liberales, y trajo al gobierno la personalidad altísima de Pitt. Veintiséis años tenía el joven orador al encargarse de la dirección del gobierno inglés, y era un colegial realmente; pues sólo disponía de tiempo para consagrarse al estudio, si bien, tiranizado por sus vocaciones, al estudio de la más alta y primera manifestación del espíritu, al estudio de la palabra. Parecía un pragmático y no un político. Mucho leyó á Tucydides y á Livio y á Salustio, como repúblicos; pero los leyó más como estilistas. Sus observaciones al cotejo de los discursos dichos por varios grandes oradores sobre una sola materia delatábanle de una proligidad y una paciencia benedictinas. No estudiaba la sintaxis, y sabía escoger, por intuición y por instinto, las frases más hermosas hechas con las palabras más propias. En la traducción de los clásicos al inglés ocupaba la mitad casi del día, y la otra mitad en álgebra con todas las demás ciencias matemáticas. Por las unas aprendió á razonar con frialdad; y por las otras á expresar sus razonamientos con maestría. Pero, barbilampiño casi al entrar en los Comunes, y recatado en timidez femenil, no parecía un diputado, parecía, como decimos nosotros familiarmente, un doctrino. Imaginaos cuál sería el asombro de los ministeriales recién despedidos, al verse reemplazados por un verdadero conservador en agraz. Lo mismo North, perteneciente á la izquierda conservadora, que Burke, perteneciente á la derecha liberal, que Fox, perteneciente á la extrema izquierda de todos, negaban crédito á sus ojos: tanto les hería en sus creencias y hábitos la súbita improvisación por el Rey de un inexperto ministro, no esperado por las Cámaras. El combate comenzó por un supino desdén del partido liberal y progresivo al jefe del partido conservador, tan á deshora nombrado, y que creían perdido por excesivamente reaccionario. Mas Pitt opuso á todas estas maniobras de los sorprendidos la claridad de su pensamiento concreto y la firmeza de su voluntad incontrastable. La serenidad en sus defensas desconcertaba los ataques más rudos, al sentimiento moral se unía en él un extremo valor cívico; la resolución acompañaba en su ánimo el pensamiento; una vida privada, sin máculas, dábale fuerza contra todas las calumnias, y una fertilidad de resoluciones meditadas con espacio y decididas en su verdadera oportunidad, como prestaban madurez á sus juveniles juicios, prestaban autoridad á sus decretos, pues tenía la falta de idealismo y la sobra de destreza